
Gabriel García Márquez

El General en su Laberinto

Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1989

La prosa no es tan vibrante como en otras obras suyas, pero lleva la cadencia y musicalidad de siempre, con destellos descriptivos que aumentan el interés por la lectura. La sobriedad del texto es comprensible puesto que se trata de la primera novela histórica, o historia novelada, de Gabriel García Márquez: **El general en su laberinto** (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1989). Es un terreno difícil y ambiguo, en el que se combinan varias disciplinas como la literatura, la historia, la sociología y la geografía. Cuando rompen las fronteras de estas ciencias y artes, sus cultores ayudan a crear un nuevo género comunicativo

todavía indeterminado, pero que ya tiene algunos profetas latinoamericanos importantes (Galeano, Carpentier) y europeos (Eco, Conrad), casi todos ellos desligados de la tradición y, para ser fieles a su papel, críticos furibundos de la sociedad que heredamos.

Además de frenar la prosa exuberante y barroca (no se pierde mucho), esta novedosa construcción intelectual desconoce también el encuadramiento académico con sus formales reglas de pensamiento heredadas de los sabios que los reyes de la Ilustración honraron en vida. Este legado

del Siglo de las Luces, prolongado al presente, es el que ha producido la historia oficial, el que ha permitido el monopolio del derecho a juzgar sobre lo aceptable o inaceptable en el habla, costumbres y creencias, el que ha fomentado los mitos y guerras nacionales e internacionales. Tal estructura del tutelaje y del sectarismo, de la minoridad impositiva, de la dependencia en "los que saben", se quiebra con obras que, como la última de García Márquez, presentan realidades olvidadas o complementarias que desmenuzan los relatos consagrados, erodan los pedestales y humanizan las leyendas. Si le hacemos caso al autor, ten-

driamos que trocar el perfil romano de las estampas conocidas del Libertador, por otro con la nariz chata de "El Zambo" Simón Bolívar con la que los compañeros de escuela justamente molestaron a éste.

De allí que no sorprendan las críticas recelosas que han sido publicadas por la gran prensa sobre *El general en su laberinto*, ecos de aquellos peligrosos y dogmáticos intereses. Pero aciertan cuando lo ven como un libro comprometido, con un fondo político que proyecta al presente problemas del pasado, como la violencia bipartidista, la deuda externa, el imperialismo norteamericano, los regionalismos (costeño versus cachaco), el peso irracional de las fronteras de los estados, el helado estiramiento de Bogotá, el formalismo conservador (que no liberal) del general Santander. ¿Quién osa dudar de estos juzgamientos? Los académicos, ahora quejumbrosos, reconocen sus propios prejuicios al haber dejado en la penumbra el último viaje de Bolívar, un flanco desprotegido de la venturosa pátina historial. Razones políticas tendrían para sepultarlo en la inopia. Por fortuna, ese fue el recoveco que descubrió García Márquez para ingresar con su creatividad y con su inesperado manejo de la historiografía. Así logró demoler el mito del Padre de la Patria y presentarnos al Libertador derrotado por los mismos colombianos y desilusionado por la incompreensión y la traición, como debió haberlo sido de verdad en esos trágicos meses de su vida.

Sin embargo, se equivocan aquellos críticos cuando insisten en que este libro es una novela como cualquier otra. De paso digamos que no ayudó el autor en esto cuando, inopinadamente, le añadió esa designación como subtítulo. Debería quitárselo en futuras ediciones, como lo han hecho casi todos los otros grandes escritores mencionados atrás. Porque se trata en realidad de una recuperación histórico-social presentada en términos libres de comunicación literaria. Incluye una perspectiva de los hechos que no proviene de relatos oficiales — mirados con los ojos de los generales de a caballo— sino de la gente sencilla que compartió con el héroe, con los soldados rasos, los bogas y ribereños que atesoraron su propia versión de los hechos vividos. Este es el cuento

verídico que va enriqueciendo a la cultura popular (por ejemplo, en Mompo se recuerda de un hijo de Bolívar concebido allí). Es el cuento sobre la realidad que corre por fuera de los textos universitarios, el que recoge el autor y facilita de manera agradable y ordenada a un millón de lectores. De esta manera su Bolívar se presenta a través de las percepciones y reacciones de José Palacios, el esclavo de toda la vida.

García Márquez acierta en escogerlo como su alter ego de investigador. Porque José Palacios le fue llevando de la mano muy adentro del alma de su patrón, y para pescar aquí y allá perlas de información desperdiciada, desechada o "sumergida" como irrellevante por los historiadores, aunque absolutamente pertinente a los fines de la obra. En esta experiencia personal con la alteridad, el autor fue dibujando al Libertador como el hombre de carne y hueso que va a avivar desde ahora en adelante la polémica bolivariana. Algo parecido a lo que Scorsese ha hecho con el Cristo de la última tentación.

Esta aventura historiográfica de García Márquez es tanto más meritoria cuanto que él mismo confiesa que no se había preparado suficientemente para ella. Su modestia es digna de encomio, pues se sabe que venía dando pasos firmes en esta dirección por lo menos desde 1974 cuando con su estímulo como coeditor se publicaba la columna "Historia Prohibida" en la *Revista Alternativa*. Eran los primeros atrevidos pasos de lo que hoy se llama Investigación-Acción Participativa: los títulos de revista y columna son dicentes. De allí surgió la idea de trabajar sobre héroes y heroínas olvidados, difundir versiones de cultura popular, combinar lo científico y lo descriptivo con el fin de "educar, politizar y concientizar" al gran público. Con aquella *Alternativa* se rompieron así algunas reglas de la historiografía y sociología para enfatizar la ciencia informal, el estilo comprensible y sin jerga, y el punto de vista de los explotados que, a pesar de todo, seguían siendo la mayoría protagónica. Esta vertiente intelectual crítica se ha impulsado y reforzado en los escritos del Nobel.

Sobre estos temas iconoclastas de común interés tuvimos la oportuni-

dad de conversar en Londres en diciembre de 1974. Recuerdo que las preocupaciones de García Márquez sobre metodología de la investigación se encaminaron hacia alguna obra sobre la violencia que entonces tenía en mente, la cual vi después desplazada (¿o sublimada?) por *El otoño del patriarca*.

Pero *El general en su laberinto* demuestra los amplios alcances de aquella evolución personal hacia la disciplina historiográfica. Para esta obra, García Márquez fue escrupuloso, persistente y curioso como todo buen cronista. Estableció como puntos de referencia ("datos columnas" en la IAP) aquellos hechos irrefutables, plenamente documentados, cuya lista publica entre las páginas 273 y 284. Procedió entonces a llenar de carnes aquella osamenta, "a inventar todo" como dice (¿no haría lo propio Homero con el fin de completar dodecasilabos?) para lo cual acudió a documentos conocidos y desconocidos, así como a su imaginación dentro de los marcos de la cultura de la época, de la que hizo una excelente reconstrucción.

¿Realidad? ¿Precisión? No importa tanto. Nunca ha existido la precisión histórica final y ello no puede exigirse ni a Herodoto, el fundador del género. Aquellas críticas de la gran prensa, desenfocadas por lo que viene dicho, se han dirigido mayormente al uso que hace García Márquez de la técnica de la proyección ideológica que sensibiliza y relativiza a la historia. Por ejemplo, ¿con cuánta razón el autor aduce, con palabras de Bolívar, la constante falta de autoridad de los europeos para enseñarnos cómo debemos ser — cómo debemos desarrollarnos — por su historia "anegada de sangre, de indignidades, de injusticias"! Según las "Gratitudes" (que quizás podrían haberse complementado con citas de fuentes, al estilo de la *Memoria del fuego* de Eduardo Galeano) el autor nos explica que usó técnicas de imputación, como al inventar a Miranda Lyndsay. ¿Por qué no, si está en su derecho de creación que, en este caso, confirma conocidas tendencias históricas y culturales costeñas? Y su buen olfato de investigador social le llevó a descubrir minucias interesantes (los lentes de Bolívar...) en inventarios descuidados por académicos, como los que se

encuentran también en humildes "archivos de baúl". En fin, García Márquez reconstruyó la vida de José Palacios, víctima de las injusticias del sistema dominante, otro de nuestros personajes populares indebidamente ocultados por la historia oficial.

Como en todo trabajo similar, no faltan las imprecisiones. Pero son pequeñas y excusables, como aquello de la "estirpe africana" de la cumbia y el papel rehabilitador del comandante Pedro Carujo en la revuelta de Riohacha de 1830. El lanzamiento de curubito del libro en Bogotá pudo haberse dirigido mejor a alimentar corrientes críticas —intelectuales y políticas— que más armonizan con la forma y el sentido del mismo.

Tenemos, pues, en resumen: una obra en la que se intenta combinar, en el mismo texto, el discurso narrativo con el examen sistemático de la

realidad histórica. En esto difiere de *Cien años de soledad*, que es también un brillante análisis socio-histórico, pero novela de principio a fin, sin las bridas de la crónica real. Ahora García Márquez ha querido combinar el *mythos* y el *logos* de manera casi nunca realizada, ni siquiera por los escritores europeos de la nueva escuela de Mikhail Bakhtin que así lo recomienda. Por eso, *El general en su laberinto* no es historia simple y pelada: es otra cosa. Tampoco es novela: es mucho más. No obstante, la promesa de esta indeterminación es infinita y tentadora.

Por eso es positiva la noticia de que García Márquez volverá a escribir un libro histórico (entrevista con María Elvira Samper en *Semana*, No. 358, marzo 20 de 1989). De seguro que le será más fácil porque, como él mismo lo confiesa, "ya tiene la idea". En esta tarea le ayudará el

haber oído y asumido la voz del otro, la de los oprimidos de la tierra. Y también hay que dar una calurosa acogida a su iniciativa de organizar una fundación, "a un grupo de historiadores jóvenes, no contaminados, para tratar de escribir la verdadera historia de Colombia... para que nos cuenten cómo es ese país y que se lea como una novela". Será ráfaga de aire fresco en recintos constipados.

Tales son los retos que a sí mismo se hace García Márquez en esta esperanzadora nueva etapa de su devenir como escritor. Según la misma entrevista, sería avivar "la tradición democrática reprimida hace muchos, muchos años, que es la única esperanza que nos queda, le queda a Colombia".

Orlando Fals Borda. Sociólogo. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.